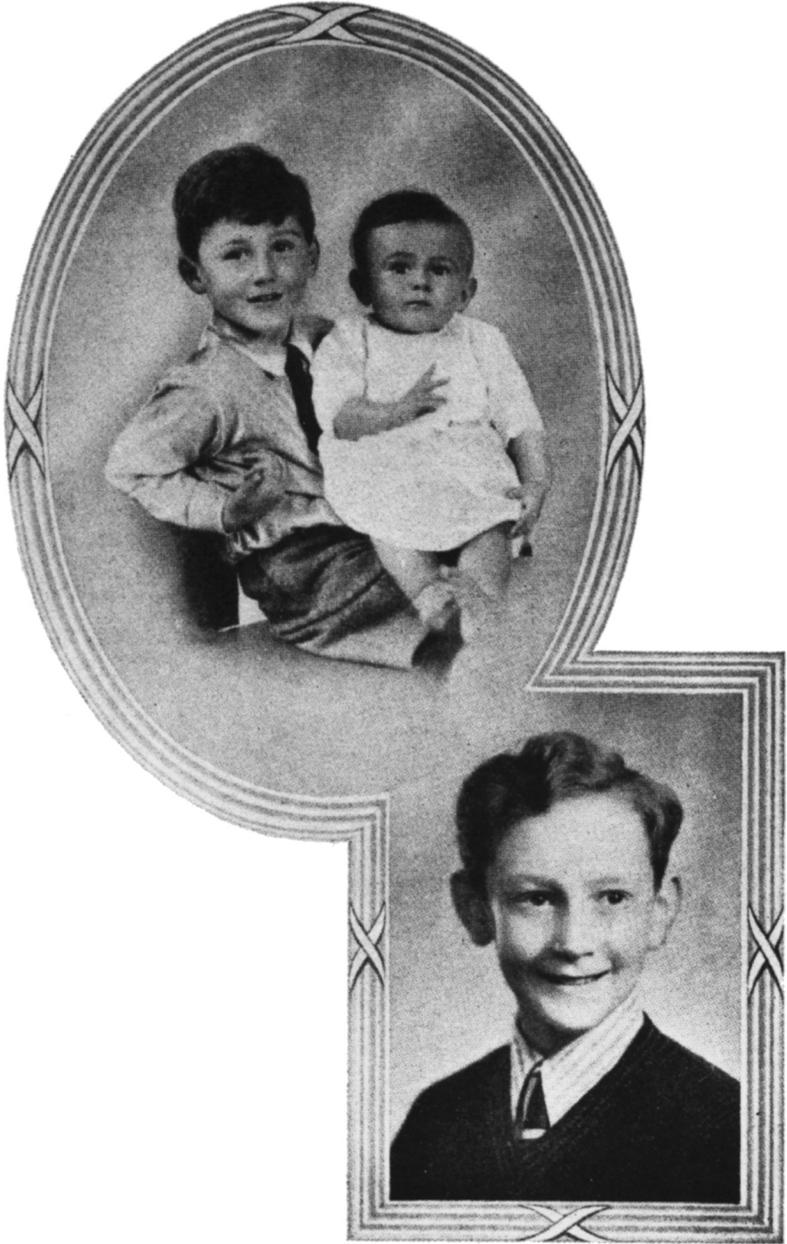
A black and white portrait of Joseph Conrad, an elderly man with a full white beard and mustache, looking slightly to the right. He is wearing a dark suit jacket over a white shirt and a dark tie. The background is dark and out of focus.

Joseph Conrad y su mundo

**JESSIE
CONRAD**

sextopiso

Joseph Conrad y su mundo



Richard, Peter y Philip Korzeniowski

Joseph Conrad y su mundo

JESSIE CONRAD

TRADUCCIÓN DE GABRIELA BUSTELO



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Joseph Conrad and his Circle

Primera edición: 2011

Traducción
GABRIELA BUSTELO

Fotografía de portada
Joseph Conrad by JAMES CRAIG ANNAN
chlorobromide print, 1923 - NPC P1130
© National Portrait Gallery, London

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2011
San Miguel # 36
Colonia Barrio San Lucas
Coyoacán, 04030
México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
c/ Monte Esquinza 13, 4.º Dcha.
28010, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-84-96867-84-0
Depósito legal: S.1283-2011

Impreso en España

A Philip, Richard y Peter Conrad, los tres pequeños nietos de Joseph Conrad, les dedica con cariño estas páginas su abuela, Jessie Conrad.

«...Pero el enanito respondió: "No, porque aprecio la esencia humana más que toda la riqueza del mundo.»» Los cuentos de Grimm.

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO	11
CAPÍTULO SEGUNDO	33
CAPÍTULO TERCERO	49
CAPÍTULO CUARTO	71
CAPÍTULO QUINTO	85
CAPÍTULO SEXTO	105
CAPÍTULO SÉPTIMO	129
CAPÍTULO OCTAVO	147
CAPÍTULO NOVENO	171
CAPÍTULO DÉCIMO	189
CAPÍTULO UNDÉCIMO	209
CAPÍTULO DUODÉCIMO	233
CAPÍTULO DECIMOTERCERO	255
CAPÍTULO DECIMOCUARTO	263
CAPÍTULO DECIMOQUINTO	279
CAPÍTULO DECIMOSEXTO	295
CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO	313

CAPÍTULO DECIMOCTAVO	319
CAPÍTULO DECIMONOVENO	339
CAPÍTULO VIGÉSIMO	357
CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO	367
CAPÍTULO VIGÉSIMO SEGUNDO	383
CAPÍTULO VIGÉSIMO TERCERO	403
CAPÍTULO VIGÉSIMO CUARTO	421

CAPÍTULO PRIMERO

Mis primeros encuentros con Joseph Conrad, que tuvieron lugar entre sus dos últimos viajes como primer oficial del buque *Torrens*, fueron de lo más casual y estoy segura de que debieron tener poca trascendencia para él, que los consideraría tan sólo un par de ratos agradables. Un amigo suyo nos presentó de manera fortuita, pero para mí conocerle supuso una experiencia memorable. Joseph Conrad era un hombre de una singularidad muy notable, debida a su extravagancia casi oriental, tanto en los gestos como en el habla. Era el primer extranjero al que yo conocía y es probable que, dadas mi juventud y mi ignorancia, él me juzgara una persona tosca y algo simplona. En aquel entonces, los quince años que separaban su nacimiento del mío parecían mucho tiempo.

La ceremoniosa educación y la exagerada cortesía de Joseph Conrad, tan características en él, me dejaron completamente asombrada, porque nunca había visto nada igual. A lo largo de los años le vi producir el mismo efecto, una y otra vez, en numerosas personas, de modo que mi desconcierto inicial parece comprensible. Por un lado, tratarle me suscitaba un injustificado sentimiento de importancia que se entremezclaba, curiosamente, con una perplejidad que me hacía perder mi habitual descaro. De hecho, esa tranquila placidez de mi carácter resultó ser la base sobre la que se cimentaría nuestro futuro entendimiento. Desde el comienzo contemplé con interés el desarrollo de la camaradería entre Joseph Conrad y sus dos amigos más íntimos. De ambos hombres tal vez el alemán tuviera una mayor sensibilidad, pero eran tres amigos incondicionales que suplían el entendimiento que les pudiera faltar con la intensidad de su afecto.

Fue a finales de 1893 cuando se inició mi relación con Joseph Conrad y aquellos dos amigos magníficos que, en compañía de sus esposas y familias, me acogieron con tanta simpatía y comprensión. En 1894 nuestra amistad se reanudó y he de confesar que por parte de aquella desconocida que era yo existía el mismo interés. De vez en cuando algún amigo común me daba noticias de él, pero durante mucho tiempo le consideré un personaje esquivo, un hombre a quien había tratado por casualidad durante unas horas, sin esperanza alguna de volver a verlo en breve.

A decir verdad, después de habernos conocido supe que había hecho dos viajes cortos, de modo que pudo haberme olvidado por completo. Entonces, un buen día, cuando ya daba por hecho que aquello no era más que una amistad pasajera, llegó a casa una preciosa caja de flores a mi nombre. La letra del sobre me era desconocida. Intrigada y nerviosa, saqué la pequeña tarjeta de visita que había debajo del ramo. Konrad Korzeniowski, un nombre completamente desconocido. En el dorso del cartoncillo leí unas líneas, escritas en letra apretada, expresando el deseo del remitente de venir a saludarnos a mi madre y a mí con ocasión de su siguiente visita a Londres.

No tenía la menor idea de quién podía ser, hasta que recordé haber oído decir a la señora Hope que ese capitán Conrad a quien había conocido era un extranjero y de pronto me vino a la cabeza la imagen de las iniciales K. K. grabadas en dorado en la copa de su sombrero.

Aquella curiosa costumbre de firmar sus cartas indistintamente como Konrad Korzeniowski o Joseph Conrad, e incluso con una tercera y cuarta variante, la mantuvo durante toda su vida. Con el tiempo me acostumbraría a ello, obviamente, pero en un principio me tenía francamente intrigada.

Antes de que se produjera su anunciada visita pasaron muchas semanas que se convirtieron en meses. De hecho, pasaría un año entero antes de verlo por segunda vez. Varias personas me contaron que su estancia en Londres se había visto súbitamente interrumpida por el inesperado aviso de que su tío

Thaddeus Bobrowski estaba postrado en su lecho de muerte. Esta visita a su país natal quedaría olvidada, pues cuando fuimos a Polonia en 1914, me aseguró que llevaba cuarenta años sin viajar allí.

Dando por hecho que había olvidado venir a vernos, rogué encarecidamente a los miembros de mi familia que no sacaran a relucir el asunto, ya que su despiste me había ofendido más de lo que parecía. Pero un sábado a primera hora de la tarde estaba yo cosiendo en la sala, mirando con tristeza los entierros que avanzaban en fila hacia el enorme cementerio del fondo de la calle, cuando oí el alegre campanileo de un cabriolé. Recibir una visita en un coche era poco común a aquella hora en una calle convencional como la nuestra, flanqueada a ambos lados por casas discretas, cuyos inquilinos vivían, e incluso morirían, a decir verdad, respetando fielmente las normas establecidas. Dejando caer la costura sobre mi regazo, estiré el cuello para ver mejor el extraño suceso que estaba teniendo lugar.

Con verdadera curiosidad, contemplé el enorme caballo bayo que tiraba del coche, trotando lentamente de un extremo a otro de la calle. Entonces vi levantarse la trampilla del cabriolé, cuyo cliente dio una orden en tono impaciente. El cochero tiró bruscamente de las riendas, haciendo parar al animal justo delante de nuestra casa y casi sin esperar a que el vehículo se detuviera, un personaje impecablemente vestido se apeó de un salto. El movimiento de los hombros me resultó familiar mientras contemplaba absorta al hombre que avanzaba veloz por el largo camino de la entrada, ascendiendo igual de deprisa los empinados escalones de piedra que llevaban a la puerta de casa. Joseph Conrad, al fin. En aquel momento, mientras se aproximaba a toda velocidad, decidí que le iba a llamar capitán Conrad, ya que Konrad Korzeniowski me parecía un nombre imposible de pronunciar.

Recuerdo haber pensado al mirarle que sus rápidos movimientos parecían obedecer a un motivo subyacente, a algo claro y definitivo. Alcancé la puerta sin darle tiempo a llamar al timbre; cuando apareció mi madre ya había recuperado la

ecuanimidad que me permitió hacer la ceremonia de la presentación sin mostrar una agitación indebida. Logré disimular mi sorpresa ante su repentina aparición y secundar con entusiasmo la sugerencia de llevarnos a las dos a cenar fuera esa noche. Mi madre me hizo sonreír al hacerse de rogar cuando él prácticamente la obligaba a aceptar su invitación. Fuimos a Overtons, cerca de Victoria Station, un restaurante destinado a presenciar cada etapa de nuestra posterior relación. Pese al tiempo que ha pasado, es un lugar que aún me trae gratos recuerdos.

Aquella primera noche, tras un intervalo tan largo, apenas se me ocurría nada que decir. En cuanto a mi madre, estaba apabullada por lo precipitado que era todo. Yo sospechaba que la cena estaba encargada desde primera hora del día, incluso antes de que Joseph Conrad nos hiciera su prometida visita, pero a mi madre, que no le conocía de nada, la tenía verdaderamente desconcertada. Sin embargo, aseguró haberlo pasado bien, cosa que me costó creer. En todo caso, le agradecí que no delatara su extrañeza con algún comentario, cosa que me habría incomodado.

Aquella fue la primera de las muchas agradables ocasiones que Joseph Conrad y yo pasamos juntos. Mi hermana menor, dotada de un tacto y una discreción sorprendentes a sus trece años, nos serviría de carabina voluntaria en las posteriores correrías. Su juventud le impedía ser exigente y su generosidad le permitía perdonarnos el poco caso que le prestábamos en algunas ocasiones. El extraño e impetuoso extranjero le tomó un gran cariño a mi hermana pequeña, cuya madura sensatez recordáramos siempre con agradecimiento. La buena de «Ethelinda», como la llamaba el hombre que se acabaría convirtiendo en su cariñoso cuñado.

Poco después recibiría un ejemplar de *La locura de Alma-yer* y uno de mis primeros «placeres conradianos» fue leer en voz alta fragmentos del manuscrito del segundo libro, *Un vagabundo de las islas*, a petición del autor.

Nunca olvidaré aquella tarde, por lo mucho que me inquietaba la posibilidad de hacerlo mal. ¡Ay de mí! No había

contado con el exigente nerviosismo de mi único oyente que, sentado ante mí, se mordía las puntas de los dedos mientras balanceaba un pie a una velocidad desconcertante. Al cabo de unos minutos me arrebató el taco de papeles con bastante brusquedad y, pasando varias hojas rápidamente, me lo devolvió todo con un gesto desesperado.

—Olvídate de esas correcciones —me dijo—. Ese párrafo hay que quitarlo. Déjalo. Empieza tres líneas más abajo, en la otra página, en la otra página —repetía con tono airado, añadiendo—: Ay, hazme el favor de hablar con claridad. Si estás cansada, dílo. No te comas las palabras. Hay que ver cómo sois los ingleses. Pronunciáis todas las letras como si fueran iguales.

Poco me faltó para echarme a llorar, aunque tuviera razón en regañarme. Pasó varios minutos con la cabeza entre las manos, una postura que con el tiempo me resultaría enormemente familiar.

Al cabo de un rato se levantó, levantó los brazos con aire exasperado y me quitó el manuscrito con la misma aspereza de antes.

—Pobre *chica*—me dijo, usando la palabra española como mote cariñoso—. Mejor será olvidarnos de estas «papelajas» y salir a comer algo.

Pasaron varios meses antes de volvernos a ver y nuestra siguiente cita fue en Victoria Station. Por el modo en que reaccionó al verme, supe que estaba nervioso por algún motivo imperioso. En primer lugar, se quejó de mi sombrero, mi vestido y mi aspecto en general. ¿Por qué no llevaba prendas de colores más alegres? En ese momento me arrepentí de haber aceptado su invitación aquella mañana. Como si me hubiera leído el pensamiento, soltó una risilla y me agarró del brazo para llevarme hacia la acera, donde paró un cabriolé al que me hizo subir apresuradamente, para sentarse a mi lado. Me bastó una mirada para quedarme preocupada ante su gesto de siniestra determinación, pero tras indicarle al cochero que nos llevara a la National Portrait Gallery, no volvió a decir ni una

sola palabra. Una vez allí me ayudó a bajar del coche con la puntillosa cortesía de siempre, pagó al cochero y subió las escaleras a mi lado, lentamente, balanceando los hombros como solía hacer.

Una vez arriba farfulló algún comentario desagradable sobre nuestro clima inglés y, tomándome del brazo, me llevó por las salas del museo sin dejarme ver ni un cuadro y, de pronto, me hizo sentar en una silla. Tras asegurarse de que estábamos solos y sin preámbulo alguno, me dijo:

—Mira, querida, más vale que nos casemos y nos quitemos de en medio. Mira qué tiempo hace. Lo mejor es casarnos inmediatamente y marcharnos a Francia. ¿Cuánto tardarías en estar lista? ¿Una semana? ¿Quince días?

Mentiría si dijera que aquello fue totalmente inesperado o que su prisa me resultó molesta. Si iba a casarme con él, cuanto antes mejor. Las primeras dudas me entraron al pensar en mis familiares más cercanos, porque sabía que ni se habían planteado la posibilidad de mi matrimonio. Esa preocupación sí conseguí expresarla, pero ese indicio de cierta oposición por mi parte pareció avivar en mi futuro amo y señor su empeño por solucionar aquel asunto sin contemplaciones y cuanto antes. Enumeró todos los argumentos por los que se imponía la prisa, tales como el clima, su salud y su trabajo. Una de las premisas que llegó a plantear fue que le quedaba poco tiempo de vida. Aquello me dejó verdaderamente atónita. Era lo bastante joven como para horrorizarme ante la perspectiva de una temprana viudez; y aún no lo conocía lo bastante como para desdeñar ese tipo de comentario o catalogarlo como una muestra de su curiosa tendencia a la exageración.

Sus amigos contaban que había estado a punto de morir de una disentería al viajar hacia la costa africana para salir del Congo; y que había pasado varios meses en el hospital alemán de Londres, al borde de la muerte. Sabía también que se había sometido a un tratamiento médico en Champel, Ginebra; y que sufría de gota, aunque ignoraba por completo los datos específicos de aquella enfermedad.

Tras su proposición —sin duda una de las más extrañas del mundo— nos dedicamos a pasear por el museo haciendo que veíamos los cuadros, hasta que a las tres de la tarde nos dimos cuenta de que no habíamos comido. Al caer en la cuenta de esto, él se puso de buen humor; la tensión disminuyó y nos fuimos los dos a una pequeña cafetería donde comimos algo que, fuera lo que fuera, en combinación con nuestra aventura sentimental, o como resultado de nuestra contemplación de tantos retratos, nos sentó fatal. Después de comer fuimos paseando hasta el parque, donde de pronto nos paramos en seco, e intercambiamos miradas compungidas. A los dos nos había entrado un tremendo dolor de estómago y ambos dimos un grito al ver lo pálido que estaba el otro. ¿Qué nos pasaba? Joseph Conrad paró apresuradamente un coche que, al borde del desmayo, nos llevó a los dos a mi casa. Apenas dijimos un par de palabras durante aquel trayecto agónico, que parecía interminable. Agazapados, cada uno en su correspondiente rincón del vehículo, procurábamos mantenernos alejados uno del otro, sufriendo en silencio el dolor propio, hasta que los setenta y cinco minutos acabaron por fin. Tras farfullar una despedida y susurrar que ya me escribiría, Joseph Conrad se subió al coche como pudo y yo me quedé mirándolo hasta verlo desaparecer calle bajo.

Algo de lo que comimos durante el almuerzo nos debió sentar mal. En mi caso, pasé varios días terriblemente enferma. Entre tanto, no supe nada de mi compañero de fatigas. Me llenaba de remordimientos haberlo dejado irse solo en el coche, lo que me despertó el instinto maternal, pero en aquellas circunstancias poco se podía hacer, salvo disimular mi propio dolor y agudo malestar ante el hombre que me había hecho aquella proposición tan extraña. ¿Sería su repentina enfermedad un preludio de la desmesura que podría ser nuestra vida en común?

En casa no dije nada de lo que podría llegar a suceder y como pasaba el tiempo sin recibir la prometida carta, intenté convencerme de que había soñado casi todo lo que pasó aquella

tarde. Sin embargo, varios días después llegó un mensaje algo perentorio invitándonos a mi madre y a mí a cenar en Victoria Station esa noche.

Tras un largo rato de reflexión decidí que, pese a todo, no iba a hablar del giro que tal vez fuera a dar mi vida. Podría ser que él no volviera a mencionar el único tema en que había pensado últimamente, obviando prácticamente todo lo demás. A decir verdad, tuve que hacer un enorme esfuerzo para guardar silencio cuando empezó a contarme sus planes para nuestro futuro inmediato. Me pregunté cómo habría reaccionado si de pronto me acercase a ella y le dijera:

—Tengo pensado casarme dentro de una semana o así...

Esa noche estuve pendiente de ella en todo momento, procurando que se sintiera a gusto, y me encargué de vestirla con gran esmero para la cena. En un principio parecía poco dispuesta a aceptar el empeño algo brusco con que Joseph Conrad insistía en que nos acompañara. Aludió a la precipitación, la molestia de tener que vestirse y mil objeciones más, todas ellas rebatidas con un tesón extraordinario por mi parte.

Bajo el gran reloj nos esperaba nuestro anfitrión, que debía de llevar un rato allí. En aquella ocasión empecé a verlo de una manera distinta. Era el mismo hombre, sin duda, pero parecía haber cambiado en todos los detalles. Mientras nos aguardaba, escudriñando con gesto miope a cada persona que le pasaba por delante, me di cuenta de que su disparatada propuesta de casarnos inmediatamente no era una fantasía, sino una realidad firme y sólida. La luz de las enormes farolas de la estación le daba de lleno en el rostro, creando un destello blanco sobre sus dientes perfectos cuando sonrió al vernos. No era un hombre corriente de los que se pudieran hallar en Londres por docenas, eso era obvio. En cuanto nos vio aparecer echó a andar a toda velocidad, casi como si se deslizara sobre el suelo, con su *haverlock* marrón que parecía una larga falda escocesa más que un gabán.

Al aproximarnos mi madre me tomó del brazo y murmuró con cierta agitación:

—Uy, desde luego sería imposible tomarle por un inglés y tampoco parece francés, me parece a mí que...

Permitió que Joseph Conrad tomara su mano enguantada, que se acercó a los labios con uno de sus marciales chasquidos de talones; el saludo que me dedicó a mí fue mucho menos rimbombante, pero me bastó para saber que mi destino estaba sellado. Pese a todo, me hizo gracia el gesto posesivo con que me tomó del brazo al alejarnos del andén donde nos había esperado.

Caminando algo rezagada, caminé en silencio tras mi madre y mi futuro marido, cuyas siluetas se difuminaron mientras yo reflexionaba sobre la importancia de la ocasión. Me era imposible prevenir a mi confiada progenitora, que no tenía la menor idea de lo que le esperaba. Hasta entonces le había confiado toda muestra de interés que me pudiera mostrar algún amigo, pero acabó descartando incluso las más llamativas, debido a mi extraordinaria reticencia.

En aquella ocasión era evidente que el restaurante estaba sobre aviso y que la cena estaba encargada con antelación, salvo el vino. Afortunadamente, las pantallas rojas de las lámparas disimulaban el sofoco que sentí al ocupar mi sitio entre ambos, pues estaba tremendamente nerviosa y cohibida. Pero nos sirvieron la comida sin el menor retraso y charlamos sobre temas generales, ninguno especialmente interesante, hasta llegar al café, cuando me entró la inquietud.

De pronto, con su habitual desprecio por cualquier forma de introducción preliminar, Joseph Conrad comenzó a hablar, soltando un torrente de palabras atropelladas. Mi madre, sorprendida y enormemente desconcertada, se volvió hacia mí, dedicándome una mirada de reproche. Tragando saliva, le di unas palmaditas en la mano que tenía sobre la mesa, porque era incapaz de hablar. Joseph Conrad logró sacar a mi madre una sonrisa de arrepentimiento al explicarle que si tenía prisa era sobre todo porque le quedaba poco tiempo de vida, lo que impedía que tuviéramos descendencia. Su alegato acabó con la sugerencia de que el noviazgo fuese muy breve, pues tenía

la intención de llevarme con él al extranjero cuanto antes, e indefinidamente.

Tras soltar su discurso, Joseph Conrad se arrellanó en la silla con aire rotundo, encendió un cigarrillo y me miró con una de esas enormes sonrisas en las que mostraba sus luminosos dientes blancos.

Por lo que a él se refería, el asunto estaba solucionado, pero mi madre, que no se había recuperado del susto, estaba francamente desconcertada. Si no íbamos a formar una familia, ¿para qué íbamos a casarnos? ¿Y cuál era esa enfermedad que iba a acortar la vida de un hombre que parecía tan sano como cualquier otro?

Cuando volvimos a casa, mi madre seguía igual de perpleja. Los dos árbitros de mi destino se habían despedido casi sin palabras. Tras un rápido apretón de manos, una amplia reverencia y un aparatoso ademán con el sombrero, mi futuro marido se apartó del vagón de tren sin volver la vista atrás. Segura de la inminente tormenta de palabras maternas, sentí no tener una mayor confianza, pues vislumbraba interminables dificultades a la hora de explicarme. En cualquier caso, mi madre, pese a estar bastante sofocada, no hizo ninguna alusión a mi noviazgo hasta que llegamos a casa, momento en que se lo anunció dramáticamente al resto de la familia con estas concisas palabras:

—Jessie está comprometida para casarse con el capitán Conrad, un marino extranjero, y la boda es dentro de... seis semanas. Yo me voy a dormir.

Al escucharla, el proyecto me pareció más descabellado que nunca. La sorpresa de los demás miembros de mi familia fue igual de grande que la de mi madre, pero parecían reacios a mostrarme su reacción. Mientras mi hermana mayor acompañaba a mi madre a su habitación, los menores guardaban silencio. En cuanto a mí, huí a recluirme en mi cuarto, demasiado afectada para hablar y ansiosa por estar a solas.

Ante la perspectiva de mi temprana viudez, debida a la inminente muerte de mi marido y su anuncio de que no tenía intención de formar una familia, mi madre tardó varios días

en reconciliarse con la noción de mi matrimonio. Por mi parte, tardé en hallar la ocasión de explicarle que la muerte inminente era algo puramente imaginario, basado tan sólo en la circunstancia de que Joseph Conrad hubiera estado a punto de morir cuando lo trasladaron a la costa africana desde el Congo.

Dando la explicación por buena, mi madre pareció tomarse mejor el asunto, pero sus prejuicios le impedían aceptar el hecho de que fuera extranjero. En 1896, su actitud era mucho más común que ahora. Mi noviazgo de seis semanas fue una etapa complicada, una etapa que precisó un tacto y una entereza considerables. La deserción del nido familiar no fue acogida con ninguna comprensión. Muchos fueron los comentarios punzantes, emitidos sin la menor consideración, por lo que acabé deseando fervientemente que acabara el noviazgo para poder seguir el rumbo marcado. Teníamos un maravilloso plan de viajar hacia un remoto destino desconocido. Yo no me arrepentía de mi decisión y las muchas ocasiones en que nos vimos durante aquellas semanas no hicieron más que cimentar mi relación con aquel extranjero displicente. En muy poco tiempo, todo mi instinto maternal se centró en el hombre con quien me iba a casar, que pronto se convirtió para mí en un hijo tanto como en un marido, a partes iguales. Así sería mientras duró nuestro matrimonio.

Para entonces ya conocía a varios buenos amigos que habían tratado a Joseph Conrad durante todo el tiempo que había pasado en Inglaterra, algunos de ellos casi desde el comienzo; era evidente que todos le tenían un enorme cariño. Entre sus amistades más antiguas estaban el señor y la señora Hope, con todos sus hijos, que aún eran pequeños; el señor Edward Garnett, su esposa Constance y su hijo David, que enseguida se hicieron amigos míos. También estaban el señor John Galsworthy y el señor E. L. Sanderson, que habían sido pasajeros a bordo del *Torrens*, el antepenúltimo barco en que navegó Joseph Conrad durante sus años de marino.

Al tratar a todas aquellas personas tan cariñosas, tuve la impresión de conocer mucho mejor a mi marido. Pero no debo

olvidar al señor y la señora Krieger, que me aceptaron desde el primer momento, con la mayor naturalidad, ni al amable matrimonio Hope o a los dos pasajeros del *Torrens*, que me contaron interesantes historias de aquel viaje tan notable.

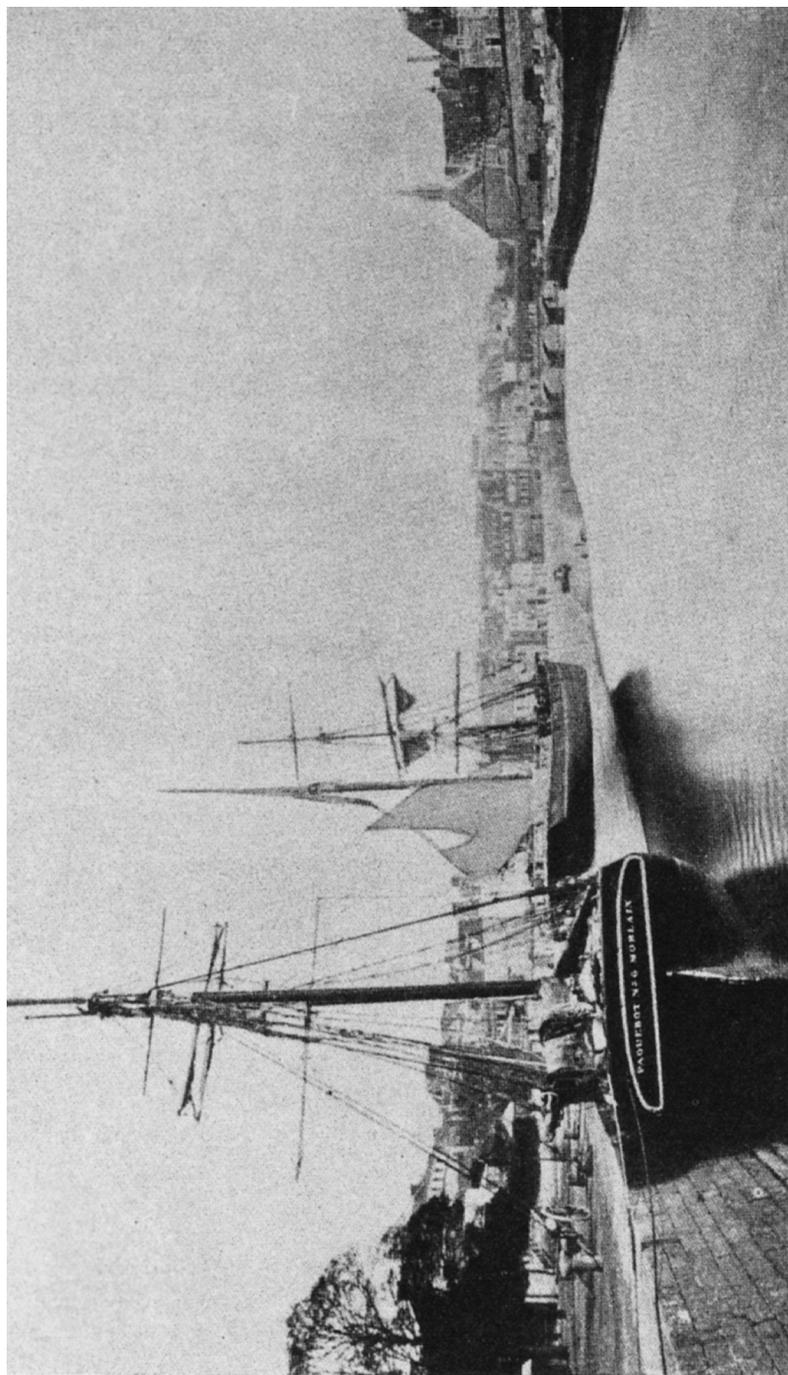
Creo que en el viaje de vuelta a casa aquellos dos jóvenes compartieron un camarote y a menudo producían un revuelo a bordo por su costumbre de dejar abierta la portilla. Cada cierto tiempo se les escapaba por ese ventanuco toda una colección de ropa, libros y demás, que acababa desperdigada sobre la superficie del agua que rodeaba el navío. Pero parecía ser que ninguna pérdida los disuadía de su usanza, por lo que cada cierto tiempo el mar entraba por la portilla abierta y se tomaba libertades con sus pertenencias.

A bordo del barco también ocurrió una tragedia, el suicidio del médico, que padecía un trastorno de la salud y quien, pese al elevado número de inválidos que estaban a su cargo, ingirió una sobredosis de alguna sustancia somnífica. El señor Sanderson permaneció toda la noche sentado junto a su litera, sin sospechar que la atormentada alma del doctor ya lo había abandonado.

Joseph Conrad me contó un incidente bastante entretenido que sucedió durante una de las travesías. En este caso se trataba de dos solteronas ancianas y humildes, que cometieron la imprudencia de colgar una bolsa de ropa sucia junto a la lámpara del camarote, lo que produjo un incendio. Las señoras se enfadaron tremendamente cuando llegaron dos marinos jóvenes a su aposento para apagar el fuego y acudieron al oficial de guardia para quejarse amargamente. De no haber podido acudir él en persona a solucionar el contratiempo, por respeto a su sexo deberían haber enviado a una persona mayor, no a dos jovencitos barbilampiños. A mi marido le gustaba mucho contar esta historia para burlarse de la falsa modestia de las mujeres. Siempre lograba arrancarme una carcajada, ya que invariablemente acababa la historia contando otra sobre un fontanero muy diplomático que, al entrar en un aseo donde sorprendió a una señora en pleno baño, tuvo el aplomo de retirarse diciendo «Le ruego que me perdone, *señor*».



Józef Teodor Konrad Korzeniowski y Jessie, su esposa, en 1896



Lannion, Côtes-du-Nord, Bretagne, en 1896. Lugar de su viaje de bodas .

Buena parte de la existencia más que azarosa de Joseph Conrad, una vida plagada de acontecimientos inverosímiles tras abandonar su Polonia natal, ha pasado desapercibida para los lectores. En este libro, que combina las mejores virtudes de la novela y la biografía, se revelan con absoluta franqueza detalles de la vida del escritor que tan sólo su esposa Jessie conocía: las reacciones en privado como marido y genio literario; su humor melancólico y sus debilidades; su temperamento y métodos de trabajo; la poderosa obsesión por el mar y la lucha por la liberación del alma creativa del escritor.

Gracias a su esposa Jessie, es posible ahora rastrear las secuelas tras haberse enrolado como marino con apenas 18 años, las vivencias durante su paso por Francia e Inglaterra, así como el estallido de la Primera Guerra Mundial en Viena o su visita a Estados Unidos con motivo de la presentación de sus libros.

Jessie Conrad ofrece, además, descripciones de las numerosas personas con quienes la familia del autor tuvo trato, así como de los amigos y enemigos pertenecientes al mundo literario. *Joseph Conrad y su mundo* es el retrato de un hombre que nunca ejerció de centro de su círculo, y que intentó alejarse de éste para concentrarse por completo en la escritura.

«Una de las mejores biografías jamás escritas.»

The New York Times

«Tiene las virtudes de la mejor novela y la mejor biografía.»

The Washington Post



narrativa **sextopiso**

ISBN 978-84-96867-84-0



9 788496 867840